

ESTUDIOS y NOTAS

EL LIMITE ELASTICO EN LAS RELACIONES DIPLOMATICAS

I. COMENTARIOS ÚTILES PARA EMPEZAR

Cuando se ve en el mapa —o en el propio campo— una «Villa de Arriba» y otra «de Abajo», nacida, aquélla, a media ladera de una cuesta que está cerca del camino, y limitada la segunda por el pie de la pendiente y un precioso campo de amapolas... sin que las separe una barrera, ni un barranco ni un arroyo, se cree que es difícil que esos pueblos no mantengan entre sí las más perfectas relaciones. Mas cuando, luego, el mapa ya citado nos advierte que un «telón de acero» está trazado entre los dos, se piensa, sin querer, en la presión llevada a cabo con el fin de establecer mentalidades tan opuestas, y en la desgracia enorme que arrastraría el hecho de que en un caso inesperado, «Villa de Abajo» y «Villa de Arriba» dieran soldados en defensa de su propia ideología, o para imponerla al pueblecito hermano.

Y, lo peor es que esa línea, invisible y gigantesca, pasa por la falda mencionada casualmente.

No hay que olvidar que un grano de sílice es, a veces, suficiente para inclinar a un lado la balanza, y que una gota de agua basta para que rebose el líquido del vaso en que se encuentra. Y, con esto, pretendo recordar que un solo gesto, una palabra o un pensamiento claro, puede encauzar a una asamblea hacia el sentimiento conveniente para evitar la guerra o dar lugar a que ésta se produzca en forma ventajosa para la nación representada por el modesto personaje que hizo el gesto o dijo la palabra, o que expresó la idea o el pensamiento a que antes hice referencia. Y «modesto» llamo al personaje, aunque se trate de un político notable o de un hombre que haya conseguido subyugar a los que se

hallan cerca de él, porque su importancia relativa es cada día menor.

Pero, las relaciones internacionales se han litigado poco en asambleas, y, de otra parte, la guerra ha sido siempre consecuencia de muy pocas relaciones o de métodos violentos. La guerra puede haberse roto brutalmente, sin que en este juego intervinieran los grandes diplomáticos. Pero la ruptura, en este caso, ha sido siempre una repercusión de la política interior en la exterior o la simple consecuencia del modo de pensar de un hombre enérgico.

Hasta hace poco, las relaciones diplomáticas eran perfectas, en cuanto se refiere a educación y a modo de expresarse. La forma hablada era correcta, y las cartas protocolarias parecían escritas con el propósito de borrar la más pequeña incorrección habida en los conceptos o el estilo, y de pasar la esponja sobre la menor rudeza que pudiera haberse deslizado entre dos líneas o dos ideas consecutivas. Pero, desde que Lenin hizo saber que todo método era bueno —incluso la mentira y el homicidio— para llegar de prisa al fin político buscado, no cabe duda que el ambiente es muy distinto. Cuando se discute —ahora— sobre el modo de evitar la guerra o de asegurar la paz que el mundo quiere, se emplean frases y modales incorrectos. Kruschew y Gromiko —y unos años antes, Vishinsky, Molotov...— hablan en forma desacostumbrada a quienes les escuchan en las grandes asambleas internacionales. Su tajancia es irritante, y su irreverencia es suficiente —muchas veces— para cortar negociaciones iniciadas. Es más, la obligación de soportar el nuevo modo de expresarse y el esfuerzo destinado a evitar una ruptura, han originado otra manera de entenderse entre naciones que se crean civilizadas. Para luchar severamente, se recurre a normas semejantes a las del «yudo», o sea a utilizar diversas presas cuyo resultado depende de la fuerza desplegada por la parte contrincante. Se actúa con violencia, para ceder a tiempo: una palmada contra el suelo a fin de retirarse y no encontrarse inoportunamente fuera de combate. En resumen, todo hace presentir que el adjetivo «diplomático» —de uso frecuente en los grandes conciliábulos, así como en las Juntas, reuniones y congresos destinados a prolongar el *statu quo* presente— tiende a ser reemplazado por otro menos político, y aun a perder su antiguo significado.

Llámesese escaso miramiento o simple falta de tacto en las negociaciones celebradas entre dos o más países diferentes, lo cierto es

que la improvisación y la osadía imperan firmemente. Las buenas costumbres han desaparecido. La sinceridad —se dice— es lo mejor. Lo que se aprende, sólo sirve para hallarse prevenido y estar seguro de que el camino está cerrado. En el orden bélico se discute sobre si la táctica y la estrategia se deben practicar en función del arte que cada cual posea innatamente o de la ciencia que ha estudiado con interés; mas se deduce siempre que los dos medios son iguales, porque la ciencia quiere enseñar a hacer lo que hacen los artistas y el arte lleva a normas que una vez improvisadas son las mismas de la ciencia. Y creo que en las cuestiones diplomáticas ocurren cosas parecidas.

2. ELASTICIDAD Y ROTURA

Quiero pensar que esto sucede, y casi puedo asegurarlo. Pero, de momento me limito a lo que se refiere a la ruptura de las negociaciones entabladas para que no estalle una contienda.

Se rompen, dichas negociaciones, como un pedazo de madera o de metal, como una cinta, como un papel, como unas relaciones amistosas, o aún amorosas. Se rompen, cortando por enmedio y por lo sano; doblando, tirando o incluso retorciendo. Se rompen, cuando el esfuerzo es suficientemente grande o cuando la materia es suficientemente frágil. El «tocho» o la «barreta» sujeto entre mordazas que se alejan poco a poco, se estira y se deforma; para, después, si no se rompe, quedar siempre deformado o recobrar sus primitivas dimensiones.

En política y en mecánica, tres casos se presentan, que son función del tiempo transcurrido desde que empieza el estiramiento hasta que acaba la cohesión. Puede, en efecto, ese período, ser positivo, nulo o negativo. Por sus caracteres físicos y químicos, y por los «tratamientos» anteriores, el «tocho» puede agrietarse previamente, romperse con un golpe o resistir a una tracción algo potente. Y, así, las explosiones y la batalla misma pueden verificarse «al mismo tiempo», «antes» o «después» de que los dos beligerantes se den cuenta de que la guerra ha comenzado.

Con frecuencia, no cabe elegir. Sólo es posible obedecer; y es necesario hacerlo por intuición. El que participa en una negociación prebélica no es un mero espectador, sino el protagonista del más tremendo drama de la tierra. El será el autor —coautor siquie-

ra— de la contienda. Sobre la mesa, junto a su carpeta, cerca del platillo en que están la estilográfica y los lápices, habrá un botón imaginario que presionado de cierto modo causará el conflicto..., la hecatombe incluso. Los espacios que separan los sucesivos puestos de aquella mesa podrán tener valores diferentes..., podrán ser ilimitados. En cambio, el tiempo es siempre reducido: es preciso aprovecharlo, vivir de prisa, siempre en «directa» y no pensar en la respuesta: dar la que Dios ayude a pronunciar, como David, en su desierto, cuando explicaba las razones que le obligaban a hacer la guerra.

De ese modo, ¿quién sabe si la guerra estallará indebidamente? Más vale no pensarlo. El del asiento que está lejos o muy cerca de los dos colaterales, tiene el deber de coordinar su pensamiento con las órdenes que ha recibido. Cuando hay coordinación, todo se desenvuelve simplemente. Pero, en caso contrario, la conciencia se enmaraña. Se enmaraña y sufre. Mas ¡qué hermosura, la aspiración sublime de lograr un éxito para la patria; patria que espera, trémula, el resultado de la negociación que se halla en marcha!

Una frase afortunada puede bastar para obtener lo apetecido. Y, en tales condiciones, ¡qué enorme peso, para el que siente su deber! El caudillo, en plena lucha, puede ganar la guerra; pero «evitarla» es más hermoso, más útil y más noble, e igualmente digno de una recompensa.

3. TIEMPOS ANTIGUOS

El que decide que haya guerra, lo dice o no lo dice: «la declara» o se limita a comenzarla.

En la antigüedad, el «oráculo» dictaba. Era sacrificada una res en cuyas vísceras se hallaban los designios de los dioses. Un sacerdote pronunciaba las palabras necesarias; seguía un rito inexorable, y encontraba los augurios. Mas, con frecuencia, el caudillo interpretaba a su manera las primeras conclusiones. Publicaba, entonces, lo resuelto, y el oríger, se olvidaba. El día en que empezaba la contienda, los restos de aquellas vísceras se habían incinerado.

Cuando Alejandro Magno estuvo en el Parnaso con objeto de escuchar el parecer de Apolo sobre sus proyectos contra Persia, la

guardia principal le hizo saber que no era un día señalado para elevar consultas a las divinidades. Pero, el Rey de Macedonia llevaba prisa por tornar hacia las tropas que esperaban —impacientes— la ofensiva bélica hacia el corazón de Asia Menor; y, dispuesto a no perder un solo instante, subió las gradas e insistió violentamente. Forzó la entrada, y penetró en el templo. Quiso imponerse; pero, ante lo insólito del caso, la pitonisa le espetó: «Hijo mío, tu acabarás venciendo». Y Alejandro, con lo dicho, se dió por satisfecho: regreso de prisa hacia los suyos, y la guerra comenzó sin más aviso.

No obstante, existía —desde antiguo— la costumbre inverterada de comunicar las intenciones agresivas. Ceremoniosamente, se lanzaba una jabalina contra el territorio del contrario; y, cuando llegaba a tierra, la guerra estaba declarada. Pero, una cosa es declarar la guerra por sorpresa y comenzarla inmediatamente, y otra distinta es iniciarla después de un plazo señalado, que se ofrecía —a la sazón— para enmendar los yerros o ceder a tiempo en lo exigido.

Los romanos, en efecto, preavisaban. Un heraldo aparecía en la frontera con objeto de pedir reparaciones por la injuria, siempre habida o siempre hallada. Al tercer día de no haber una respuesta concluyente, se invocaba a las deidades con el fin de confirmar que los derechos eran firmes, y aún legítimos; y regresaba, entonces, el mencionado heraldo, al lugar de su anterior aviso, para lanzar el arma y declarar solemnemente que la guerra se iniciaba.

Pero, cuando el imperio se extendió más de la cuenta y hubo dificultades para efectuar la ceremonia expuesta, se adoptó la costumbre de lanzar la jabalina desde el templo de Belona, que levantado, inicialmente, en el año 300 (antes de J. C.), por Apio Claudio Ceco, estaba regido por varios millares de sacerdotes capadocios y romanos, ataviados de negro, armados con sendas hachas de dos filos, y conocidos por el pomposo título de «belonarios». El jefe simulaba el lanzamiento; y la diosa —hija de Marte— aprobaba el acto con su presencia.

4. LA DECLARACIÓN DE GUERRA

Durante los primeros siglos de la era de Cristo, numerosas guerras comenzaron sin aviso alguno. Las grandes invasiones, so-

bre todo, fueron empezadas muy violentamente. Su nombre indica que tuvieron un carácter francamente injusto. Se trataba de agresiones de tipo «imperialista», nacidas del simple deseo de expansión o del ansia natural de hacer la guerra. España, entre dos fuegos, conoció los tristes efectos de unas luchas imponentes en que los de fuera —más aguerridos y más brutales— tenían en su mano las ventajas. Estuvo sometida por diversidad de pueblos que sin aviso previo la trataron cruelmente. Su historia es triste, en este sentido; y prefiero no insistir sobre este asunto, porque, al fin y al cabo, descendemos de una parte de los que intervinieron en aquellas agresiones.

Las campañas de Almanzor —reiniciadas cada primavera— duraron hasta que unidos los cristianos consiguieron derrotarlo en Calatañazor. Pero, entonces, las nuevas invasiones —de los almoravides y de los almohades— se siguieron en la forma acostumbrada, siempre en busca de sorpresa, y, a este efecto, siempre sin aviso.

Mas no era posible continuar de esa manera. Había que humanizarse; y el preanuncio de la guerra disimulaba un poco su crueldad. La guerra declarada parecía menos injusta y más civilizada. Fuera de España, la antigua costumbre se había restablecido al empezar el siglo XII. Las «declaraciones» se hacían mediante grandes pergaminos presentados de soberano a soberano; y esta costumbre se mantuvo durante muchos años. Fué aplicada, incluso, cuando la imprenta permitió exponer —en misivas largas y ampulosas— las razones que asistían al declarante.

Todo parecía adoptado en forma concluyente. Pero, en 1740, Federico el Grande soslayó lo estipulado. No declaró la guerra a la Reina y Emperatriz María Teresa: internó su ejército en Bohemia cuando aún estaba negociando con la egregia Dama sobre el modo de obtener lo que quería. Los comentarios fueron agrios, mas luego se olvidaron; y, en vista de ello, otros siguieron ese ejemplo. Napoleón venció en varias batallas decisivas cuando el enemigo no esperaba su campaña. En 1812, los Estados Unidos comenzaron las hostilidades antes de que el resultado de la emocionante votación habida en el Congreso se hubiese dado a conocer al Reino Unido. En 1853, Rusia se redujo a dirigir una comunicación urgente a la Sublime Puerta, dándole cuenta de que rompía las relaciones diplomáticas y de que retiraba el personal de su embajada y consulados en Turquía. En fin, desde esa fe-

cha, las constituciones europeas reservaron casi siempre al Jefe del Estado la facultad de declarar la guerra. Admitían, pues, de un modo implícito, que ese hecho se debía llevar a cabo; mas sin establecer en caso alguno, la terminante obligación de realizarlo.

En nuestro siglo únicamente —después de aseguradas las comunicaciones telegráficas—, la Tercera Convención de la Haya determinó, en 1907, que a toda guerra entre dos o más naciones debía siempre anteceder «un aviso claro —inequívoco (dice el acuerdo)—, bien en forma de declaración explicativa o motivada, bien mediante un ultimátum con declaración condicionada».

5. EL ULTIMÁTUM Y SUS DEFORMACIONES

El «ultimátum» aparece previamente. Es cosa antigua. Comenzó con el deseo de evitar el rompimiento; pero adquirió en seguida el carácter de una fórmula evasiva. El ultimátum se acabó; se limitó en seguida el tiempo concedido para la respuesta. Prusia, el 15 de julio de 1866, dió veinticuatro horas solamente al Imperio Austro-Húngaro para el cumplimiento de una cláusula que era prácticamente irrevocable; y, pasado el tiempo dicho, el ejército de Moltke penetró en el territorio de su oponente diplomático. Lo mismo hicieron los Estados Unidos con nosotros, en 1898, a fin de imponer la libertad de Cuba: cuarenta y ocho horas para otorgarla, en la época en que se tardaban quince días en cruzar el Mar Atlántico.

En muchos casos, el ultimátum lleva en sí —de un modo implícito— un aviso terminante. El *sine qua non* es firme; y, en realidad, es lo mismo que una ruptura sin preaviso. La condición impuesta ha sido previamente discutida; y, de antemano, se sabe que el futuro contrincante está dispuesto a no aceptarla. El ultimátum se halla destinado a evitar el desprestigio preanunciado por los que critican toda guerra comenzada sin previa declaración; es prácticamente una amenaza innecesaria, y francamente inútil. Y, esto admitido, el tiempo concedido empieza a decrecer en cuanto las naciones se dan cuenta de las pequeñas desventajas o peligros a que pueden verse expuestas.

A medida que el retraso resultante de la «declaración de guerra», en relación a la fecha y hora del previo «ultimátum», comenzó a influir sobre los éxitos de las primeras operaciones o de la

batalla en que ambos adversarios ponían sus grandes esperanzas, los ofensores procuraron —siquiera en forma tácita— soslayar lo establecido. Era inútil, en efecto, movilizar un ejército con tiempo suficiente para luego perder varias semanas en cumplir determinados requisitos o en dejar que el oponente terminara sus preparativos bélicos. En busca de fórmula, se prescindió del ultimátum. Para «cubrir el expediente», la declaración de guerra y la puesta en marcha de los ejércitos se realizaron simultáneamente; pero, a fin de asegurar mayor ventaja previa se dió en hacer declaraciones en «voz baja» —podríase decir—, con lo que, a veces, todo ocurría, luego, cual si la guerra no se hubiese declarado.

Se ha discutido mucho sobre la legalidad de un método basado en no dar tiempo al adversario para meditar, ni aún contestar a la amenaza. Los grandes juristas y los subsiguientes codificadores del «derecho internacional público» se hallan de acuerdo sobre las injusticias cometidas en ocasión de las últimas guerras; consideran desleal —y aún agresivo— el acto comenzado sin tiempo suficiente para dar una respuesta; pero, a pesar de todo, se resignan ante las circunstancias, y se limitan a tratar de conseguir que la ruptura no se lleve a cabo por simple sorpresa (1).

Ellos meditan; y todos convenimos en lo mismo.

Entre «declaración de guerra» y «ultimátum», la diferencia se halla en el resquicio que está libre en el segundo para el que busca una salida airosa de la situación en que se hallaba, y para ese otro que tenía la esperanza de que había algo de «bluff» en la amenaza.

«Amenaza», «ultimátum» y «declaración de guerra», son escalones que utiliza el que se halla firmemente decidido a conseguir lo que desea. Podrá —este mismo— admitir que la «amenaza» es suficiente, ó simplemente suponer que esa amenaza es el camino conveniente para evitar la lucha; mas cuando se halla decidido a realizar su empeño, convierte esa amenaza en un simple subterfugio destinado a conseguir su fin.

No obstante, conviene recordar que la amenaza tiene otros aspectos muy diversos. Puede ser un «ultimátum» más o menos encubierto; un juego de palabras cuyo objeto es comenzar la gue-

(1) Véase FIORE: *Il diritto internazionale codificato*; y MARTENS: *Tra-
tado de Derecho Internacional* (traducido por FERNÁNDEZ PRIDA).

rra sin haberla declarado, o una finta destinada a no expresar el verdadero objeto de esa guerra. De este modo, se consigue —a veces— lo interesante sin llegar a mencionarlo; se acude a una exigencia de menor envidia y que se sabe de antemano que el futuro contendiente no puede aceptar.

La verdadera «declaración de guerra» es cosa contundente. El motor se pone en marcha, y el freno se retira. La inercia se elimina, y falta sólo acelerar. Mas como quiera que esa declaración de guerra —y el ultimátum inclusive— no aseguran siempre la ventaja resultante de una marcha comenzada previamente, es lógico admitir que el que —en sentido político— aún podemos titular «el defensor» comenzará también la suya sin perder un solo instante. El ofensor, entonces, habrá iniciado la guerra sin haber llegado a un escalón que sólo sirve para asegurar la dignidad; dignidad que, de otra parte, se olvidará al oír los cañonazos.

6. NEGOCIACIONES CONTRADICTORIAS (1914-18)

En materia bélica —prebélica, mejor—, muy rara vez las decisiones se redactan en consecuencia de la discusión habida. Menos aún suele ocurrir que todo el mundo esté de acuerdo sobre la fórmula que más conviene al interés común. Casi nunca, finalmente, puede haber un interés que sea común.

Cuando existen intereses encontrados —que es lógico, en nuestro presente caso—, la idea de «fórmula» es rechazada por casi todos los que se hallan instalados alrededor de la gran mesa que soporta —inconmovible— las tremendas discusiones. Sin duda, cada cual espera derrotar a su enemigo con los argumentos de su propia retaguardia; y, es que esta primera gran batalla, cuyo teatro está en la mesa referida, es una batalla decisiva para empezar o no empezar la guerra.

Es tan cierto lo que acabo de exponer, que, tarde o temprano, llega el momento en que no sirve el argumento razonable. Entonces, el diplomático o el político que se esforzaba en demostrar que la justicia estaba de su parte o que le asistía el derecho a la solución propuesta, no tiene más remedio que abandonar la base en que venía fundándose para alcanzar su gran victoria de anti-guerra. Se limita, entonces, a tomar el rumbo psicológico, o sea, el de averiguar —o adivinar, mejor— qué contraataque previo

puede originar determinadas reacciones..., a fin de poder —en esta forma— adelantarse a la respuesta.

A partir de ese momento, los argumentos son contradictorios. La negociación es laberíntica. No tiene salida. Nadie sabe ya desenvolverse.

¿Qué hacer entonces? Para pensar un poco, me sitúo en el escenario.

Como soldado y entusiasta de lo mío, me sería difícil expresarme y luchar contra un ambiente hostil y extraño, aún conociendo bien las instrucciones recibidas sobre el modo de efectuar la intrincadísima misión. No sabría convencer a unos políticos sagaces, que estuvieran meditando —a cada instante— sobre el efecto originado por sus palabras, no sobre sus cercanos interlocutores, sino sobre compatriotas de su propia retaguardia. No sabría hacer lo que ellos hacen, al parecer sencillamente. Creo, incluso, que es difícil —o casi imposible— sostener un intercambio de principios en forma patriótica, con arreglo a normas previamente concebidas o escuchadas; y considero enrevesado argumentar cada respuesta en forma tal que evite repercusiones peligrosas... dentro de la junta o lejos de ella. Siempre hay algo que se cruza, o se interpone. El instinto, a veces, supera a la razón; supera, especialmente, a la razón de los demás. El resultado surge con frecuencia sin tener que meditar. El que intenta poner en prosa burda o rudimentaria unas ideas que han nacido atropelladamente, o el que pretende dibujar razonamientos con auxilio de una pluma, se tropieza —a veces— con el grave inconveniente de que su fruto surge a borbotones. En vez de un hilo más o menos fino y serpenteado, surge un rosario cuyas cuentas se confunden o, inversamente, no se enlazan.

Esto ocurre cada vez que el hombre se halla obligado a obedecer a «ciertos argumentos exteriores», antes que a «su propia razón». Y esto sucedió en el curso de los meses inmediatos y anteriores a la Primera Guerra Mundial.

Samsonóv (ministro de Nicolás II), Grey (ministro británico), Paléologue (embajador de Francia), Berstold (ministro y embajador austríaco)..., son algunos de los muchos que se hallaban en los puestos más en auge, y estaban sentados alrededor de una gran mesa que abarcaba media Europa. (Mesa grande que se hallaba sobre el plano verdadero, en vez de estar el plano topográfico situado sobre la mesa reducida.)

La ruptura que ocasionó la Primera Guerra Mundial (1914-18) se desarrolló en tres tiempos sucesivos. Tres tironazos de violencia progresiva; el primero de los cuales fué iniciado suavemente, el segundo con violencia y el tercero en forma irremisible.

Desde que comenzó el siglo en que vivimos, la competencia comercial entre Inglaterra y Alemania, y, de otra parte, el espíritu de revancha que embargaba a la juventud francesa (y que, desde el 71, progresaba continuamente), condujeron a la obsesión constante de adquirir más armamentos y al aumento de las fuerzas militares de Mar y Tierra. La flota británica había alcanzado su apogeo; el Kaiser presumía de un potente ejército, y Francia procuraba guardar el equilibrio con el vecino Imperio, que, injustamente, dominaba sus departamentos de Alsacia y de Lorena. Y, en estas condiciones, la Gran Alianza y la Triple «Entente» se fueron perfilando y adquiriendo una potencia peligrosa. Al llegar el año 1914, la Flota británica realizó unos ejercicios de conjunto de bastante envergadura, y las maniobras alemanas fueron previstas y organizadas con efectivos superiores a todo lo estudiado previamente. Numerosos países fueron invitados a asistir a esas maniobras. España propuso al que era entonces teniente coronel de infantería don Miguel Primo de Rivera y al autor de este trabajo —capitán de artillería a la sazón— para integrar la comisión correspondiente. Pero, a tiempo —o a destiempo, mejor dicho—, los ejercicios militares en cuestión se convirtieron en auténtica ofensiva a través de Bélgica y sobre el flanco de París.

Veamos cómo:

El 28 de junio de 1914, el Archiduque Francisco Fernando de Austria fué asesinado en Sarajevo, a causa de su labor política. Desde el primer instante, el asunto revistió una extraordinaria gravedad: de parte servia, porque el vecino Imperio procuraba subyugar la colectividad irredenta que habitaba aquende su frontera, y de parte austríaca por tratarse nada menos que del heredero —prestigioso y admirado— de su doble Corona. La protesta del citado Imperio fué instantánea e intensamente enérgica. Las primeras exigencias fueron duras: tuvieron el carácter de un «ultimátum *sine die*». Pero Servia se negó a tomar medidas coercitivas; y a consecuencia de ello surgió el espectro de la guerra.

El paneslavismo reapareció y Rusia intervino con el fin de defender a Servia. Inglaterra y Francia hicieron todo lo posible para evitar que el Zar movilizara: pero entretanto —y por si acaso—, la

primera concentró su flota en Plymouth y la segunda incorporó unos cuantos contingentes a sus grandes unidades de primera línea. Las negociaciones diplomáticas tomaron incremento. Pero la negativa de Austria-Hungría (que no admitía intervención en su política interior), el nuevo «ultimátum limitado» (que dicho imperio dirigió a los serbios) y los heridos que cayeron en las intermediaciones de la zona croata, dieron lugar, primero, al desplazamiento de una cuña que sostenía la paz y, luego, al derrumbamiento de todo el murallón que la justificaba.

El tercer período —en fin— se desarrolló instantáneamente. El 31 de julio, Alemania intimó a Rusia para que suspendiera la ya iniciada movilización de sus ejércitos («amenaza» y «ultimátum», con un plazo improrrogable de diez horas), y quiso convencer a Francia de que se abstuviera de luchar (treinta y seis horas a este fin). Además, el día 1.º de agosto, el Kaiser acudió al Gobierno británico para saber qué haría si el ejército alemán atravesaba el territorio belga. La llamada por respuesta dieron los ingleses y franceses a Alemania; y, de resultas —y a consecuencia de la marcha ya iniciada por los rusos— surgió la franca y terminante declaración de guerra de los austriacos a los serbios (28 de julio); y, a ésta, siguieron: la de Inglaterra a Alemania (1.º de agosto), la de Alemania a Rusia (el mismo día), la de Alemania a Francia y a Bélgica (el 3 de agosto), y las de Bélgica e Inglaterra a la misma Alemania (el 4 de igual mes), de Austria-Hungría a Rusia (5 de agosto), y, por último, de Francia y del Reino Unido a los austriacos (el día 11 de agosto).

En resumen:

- una carrera de armamentos que condujo a un callejón que no tenía salida;
- negociaciones firmes, pero contradictorias; y, finalmente,
- una serie de ultimátums cada vez más apretados y apremiantes, y unas declaraciones coincidentes con las operaciones militares.

7. . NEGOCIACIONES TERMINANTES (LA RUPTURA ENTRE ALEMANIA Y GRAN BRETAÑA, EN 1939)

Las negociaciones pueden ser largas y complicadas; pueden tener incluso una o más fases cuyo fondo no transluzca. La línea puede ser sinuosa y no torcida, y menos todavía retorcida; y así dichas negociaciones pueden ser firmes, decisivas, terminantes..., sin que se produzca en su desarrollo la menor contradicción. Y este es el caso que hubo entre Inglaterra y Alemania, cuando iba a estallar la Segunda Guerra Mundial.

En 1939, el honor del Reich se hallaba en entredicho —por deseo de Hitler— a causa de la situación de la ciudad libre de Dantzig. El Canciller no estaba saciado con la ocupación del Ruhr, de Checoslovaquia y del territorio austriaco, y pretendía que Inglaterra y Francia le dejaran posesionarse del hermoso puerto en que terminaba el cordón umbilical de la zona polaca. Y, sobre esto, las discusiones comenzaron en seguida.

Las conversaciones sostenidas por el ministro Henderson, con Weizsaecker y con Ribbentrop, fueron difíciles. Todos sabían lo que deseaban. El primero pretendía que Hitler se abstuviera de entrar en Dantzig, mientras que los últimos se hallaban decididos a alcanzar dicho objetivo. Eran, pues, negociaciones terminantes, en las que, poco a poco, intervinieron nuevos personajes y se emplearon métodos diversos.

El 22 de agosto, Sir Neville Chamberlain se dirige al Führer —por escrito— hablándole de que una guerra entre Alemania y Gran Bretaña «produciría una catástrofe tremenda», y diciéndole que estaba convencido de que ninguno de ambos pueblos deseaba una contienda. En su misma carta le hace varios comentarios sobre lo difícil que es lograr que las razones lleguen a imponerse cuando la tensión es grande y se prolonga. Pero la carta en cuestión es fría; está escrita sobre todo por cumplimiento a Gran Bretaña y por imposiciones de conciencia. Chamberlain está perfectamente convencido de que la guerra es imposible de evitar. Lo dice casi al final de aquella carta. Lo da a entender, al menos, cuando echa por tierra sus propios argumentos, manifestando que Inglaterra está dispuesta a sostener a los polacos, con su potencia y con su fuerza.

Henderson, —embajador de Gran Bretaña— entregó la carta

en Berchtesgaden al propio Canciller del Reich, y éste hizo saber casi en seguida a su indeseado visitante que el anuncio de la resolución británica antes dicha no originaría modificaciones en el plan político fijado, y que —además— él se sentía dispuesto a aceptar una guerra incluso prolongada para no sacrificar el honor y los intereses de Alemania.

Al día siguiente confirmó lo dicho por escrito. Hitler hizo saber a Chamberlain que nadie en Alemania se había mezclado nunca en los asuntos de Inglaterra: que su ayuda moral a Polonia le estimulaba a actuar en defensa del millón y medio de alemanes que vivían en su territorio; que Alemania no pensaba movilizar sus fuerzas contra Inglaterra, y que el aviso recibido —en tales condiciones— representaba una amenaza para el propio Reich, que se vería obligado, en consecuencia de ello, a movilizar todas sus fuerzas.

El 25, a mediodía, Henderson estuvo en la Cancillería de Berlín, llamado por el Führer. Este insistió en los puntos ya tratados, e hizo saber muy claramente que ni pretendía rebasar la línea Sigfried, ni quería entrar en guerra con los rusos. Dijo, además, que deseaba, únicamente, solucionar la cuestión de Dantzig y de su «pasillo», y que si Gran Bretaña se oponía a su entendimiento con Polonia sobre dicho asunto, tendría lugar una contienda de la que en ningún caso podría Inglaterra salir fortalecida.

Henderson se fué esa misma noche a Londres, y regresó el 28 con un memorándum redactado por su Gobierno. A última hora el documento fué entregado a Hitler, y éste quedó enterado de que Gran Bretaña estaba conforme con la negociación independiente entre Polonia y Alemania, si bien a condición de que los intereses de Polonia fueran garantizados por otras potencias europeas.

El 29, el embajador británico estuvo de nuevo en la Cancillería. Se hizo cargo de una contra-respuesta que el Führer le entregó, y en la cual hacía saber que él aguardaba la llegada de un plenipotenciario polonés.

Durante el día 30, cuatro mensajes más se intercambiaron, todos ellos conectados con el deseo de que llegara pronto el referido «enviado extraordinario» de Polonia. Por la noche, a última hora, Ribbentrop y Henderson se vieron nuevamente, y, en vista de la ausencia del citado personaje, se fueron al grano y discutieron largamente sobre posibles condiciones de arreglo. Hablaron

de la exclusión de Gdynia, el puerto de Dantzig; de un plebiscito destinado a fijar la suerte del «pasillo»; del libre tránsito entre las zonas alemanas, y de la situación difícil de cada minoría (alemana en Polonia y polaca en Alemania). Disertaron, finalmente, sobre la suerte del ansiado embajador, que había de recoger el fruto de todo lo estudiado; asegurando Henderson que el viajero había encontrado dificultades alemanes, y diciendo, Ribbentrop, que simplemente habría renunciado a su misión.

El 31, el «enviado extraordinario» continuaba sin llegar. Henderson habló con Lipski, embajador polaco. Llamaron a Varsovia inútilmente, y, reunidos por la tarde, visitaron a von Ribbentrop. Este preguntó si Lipski se presentaba como «enviado especial» o como simple embajador, y ante la respuesta de que sólo había venido como «representante» de Polonia, la conversación fué suspendida.

El 1.º de septiembre Adolfo Hitler habló de guerra ante su Reichstag. El 3, por la mañana, los dos embajadores de Inglaterra y Francia se dirigieron al Gobierno de Alemania para exigir, en poco tiempo, aclaraciones terminantes.

No hubo respuesta, y el día citado estalló la guerra.

La guerra estalló porque las negociaciones fracasaron. Sin embargo, éstas fueron rectilíneas. Los dos expresos se encontraron y chocaron muy violentamente. Nadie puso en claro si el enviado extraordinario de Polonia se había puesto en marcha o tuvo que desistir de realizar su viaje. Lo cierto es que el Führer tenía unas pretensiones excesivas, y que Inglaterra nunca se fió de sus propuestas.

8. NEGOCIACIONES SOLAPADAS (LA ENTRADA DEL JAPÓN EN LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL)

Hitler ya no está. Fué vencido en la contienda y murió en su espléndida Cancillería. Sobre él recaen las culpas de lo mucho enrevesado que hubo en las negociaciones que acabaron en la Segunda Guerra Mundial; recaen, sobre él, especialmente, las culpas de todo cuanto se ha tildado —históricamente— de mal intencionado.

Insisto, sin embargo, en que los encuentros mencionados fueron nobles y «rectilíneos». Cada cual sabía a qué aspiraba, y cada

cual lo dijo previamente. Pero los intereses eran casi opuestos, y los móviles, por eso, chocaron con violencia. Ningún otro defecto puede atribuirse a la orientación tomada por la línea que ahora representa el desarrollo de las negociaciones celebradas a fines de verano de 1939.

Para hallar algo tortuoso, es necesario caminar un poco más. Hay que esperar dos años y ver cómo el Japón entra en la guerra.

El ambiente es desconocido. La mayoría de las novelas y de las obras generales que están relacionadas con la Segunda Guerra Mundial, prescinden de la escena en que se desarrollan los combates o los episodios de una lucha semejante a las demás. Y es que en la guerra, el ambiente no interesa. No hay tiempo suficiente para que surja y llegue a impresionar al hombre o a los protagonistas del tremendo drama. El ambiente se halla en el actor. Cada cual lo lleva dentro, o lo arrastra en pos de sí desde otra parte, o lo crea con objeto de amoldar el hecho a la impresión que debe originar. Y, si esto ocurre en territorios frecuentados, con más facilidad tendrá lugar en zonas muy distantes de quien describe lo ocurrido.

El príncipe de Konohe ocupa todavía la jefatura del Gobierno japonés, cuando se presiente una ruptura con América del Norte. Pero, a mediados de octubre del 41, es reemplazado por Togo, que se halla a la cabeza de los que a todo trance quieren romper contra Inglaterra y los Estados Unidos.

Desde ese instante, las negociaciones toman un carácter misterioso. Nadie sabe lo que ocurre. Nadie se da cuenta de si el Gobierno quiere la guerra o está luchando para evitarla. El embajador Kurusu marcha a Washington y se constituye en adjunto del almirante Nomura —embajador nombrado en dicha capital—, sin que sea posible averiguar si su presencia se halla destinada a moderar un poco la vehemencia del marino o, al contrario, a impulsarlo pronto a una ruptura con los Estados Unidos.

El 17 de noviembre tiene lugar una reunión que se prolonga más que de costumbre. A la salida del despacho del ministro-secretario Cordell Hull, el embajador Kurusu es acosado —según costumbre— por los reporteros norteamericanos; y, entonces, el almirante Nomura, que ve a su compañero en situación inconfortable, lo defiende contraatacando. «¿Qué sucede? —pregunta a aquellos reporteros—. ¿Por qué unas caras tan sombrías cuando nosotros nos sentimos optimistas?» Y aún añade, entre burlón y

serio (cosa no fácil de leer sobre una cara japonesa): «Vosotros, norteamericanos, estáis siempre dispuestos a batiros; no pensáis más que en la lucha.» Y, de resultas, pasan varios días sin que se hable de la guerra (2).

No obstante, las conferencias continúan. El 20 de noviembre el almirante japonés ofrece al secretario de Asuntos Exteriores una propuesta conciliante en la que se asegura que el Japón se comprometería a retirar sus propias fuerzas de Indochina meridional a cambio de que las dos partes contratantes pudiesen adquirir —muy libremente— cuantas materias procedentes de las Indias Orientales Holandesas les fueran útiles o necesarias.

La respuesta es entregada el 26. El Gobierno americano aspira a nuevas garantías. Pretende que el Japón no continúe su guerra contra China. Quiere una paz definitiva en el Pacífico, y que ésta se base en:

- la no intervención en los asuntos interiores de los demás países, y
- la solución de toda controversia mediante ayuda internacional.

El 27, el Presidente Roosevelt recibe, en la Casa Blanca, a los representantes del Japón. La conferencia dura cerca de una hora, y, a la salida, el embajador Kurusu anuncia que las negociaciones seguirán a pesar de la insistencia con que mister Cordell Hull ha declarado que los Estados Unidos mantendrán su posición en relación a la política iniciada en el Pacífico.

Después de eso, la calma reina otro par de días.

Los intercambios realizados son concretos. Ninguno de ambos contendientes amenaza con la guerra, pero los dos se manifiestan decididos a entrar en ella antes que ceder en sus principios. Es más, ninguno de ellos efectúa un verdadero esfuerzo para evitar una ruptura. Cada uno sabe, de antemano, que el otro está dispuesto a no aceptar la más ligera variación.

En América hay pocas noticias del Japón. El día primero de diciembre, un cable misterioso anuncia que su Flota está a la altura de Formosa, navegando hacia las islas de la Sonda. Y esta noticia alarma al presidente Roosevelt, y le induce a interrumpir su *week-end*, y a regresar precipitadamente a Washington.

(2) De *Las campañas de Extremo Oriente*, por el propio autor.

Las visitas recomienzan, y el nervosismo cunde. El Presidente se decide, el día 2, a intervenir. Su representante, Sumner Welles, acude al embajador Kurusu y al almirante Nomura en demanda de aclaraciones sobre el movimiento de la Flota japonesa.

El resultado de esta visita no trasciende. Más días sin noticias, y un silencio intolerable.

Pero, antes de otra conferencia celebrada en Washington, es captado un radio cifrado del que se deduce que los nipones se hallan decididos a atacar. (Lo dice Sherwood en su libro sobre Hopkins (3), y dice también —en dicho libro— que el Presidente lo comunica a Hull. Este, por lo tanto, había hablado con los presentes adversarios ya creyendo que el ataque se iba a producir; mas, no estando seguro, no mencionó el asunto.)

Roosevelt, entonces, quiere avisar al almirante Stark, Jefe Naval de Operaciones; pero éste se encuentra en el teatro, y aquél prefiere no alarmar. No obstante, Marshall recibe en seguida la orden de instaurar el *Red Condition* («estado de alarma»); pero en vez de impartirla por teléfono, emplea el telégrafo, y, de resultas, a la hora en que el ataque es iniciado, las fuerzas de Hawai no se hallan preparadas. (Dice incluso Sherwood (4) que el hecho se produjo porque Roosevelt y Marshall tenían más miedo a los aislacionistas interiores que a sus futuros enemigos. Temían movilizarlos, y por eso no aplicaron el *General Alarm*.)

En resumen, la escuadra japonesa está en camino, hacia el Archipiélago Hawai, cuando los representantes extranjeros depositan —el día 7— su protesta a la nota americana del previo 26.

El acto se realiza con arreglo al protocolo acostumbrado.

A la una de la tarde (del citado día), el embajador Nomura pide una cita al secretario Hull. La entrevista es concedida para la 1,45. Los japoneses llegan a las 2,05; son recibidos a las 2,20, y entregan en seguida la respuesta tan ansiada.

El memorándum es francamente largo. Su contenido es terminante, irremediable e irrevocable, y su esencia es la que sigue:

«1. El Gobierno japonés, impulsado por el deseo de llegar a un amistoso acuerdo con el de América, ha seguido

(3) ROBERT E. SHERWOOD: *Roosevelt and Hopkins. An intimate Story*. New York, 1948, pág. 431.

(4) Obra citada, pág. 434.

las negociaciones entabladas en abril con la mayor sinceridad; y

»2. Desde que empezó la guerra de China —y debido a que China no ha comprendido nunca las buenas intenciones del Japón—, el Gobierno japonés ha recurrido a nuevas soluciones para obtener la paz... Por eso, en septiembre anterior, el propio Japón firmó con Alemania y con Italia el Pacto Tripartito...»

Este documento es entregado a Cordell Hull —según lo indicado— el día 7 de diciembre, a las «catorce y veinte». ¡Qué menos que una hora para leerlo, asegurarse bien del contenido, llamar por teléfono, presentarse en la Casa Blanca y dar cuenta con urgencia al Presidente! Pues bien, el golpe de mano contra la escuadra americana del Pacífico, fondeada en Pearl Harbour, da comienzo, según la radio de Nueva York, a las «quince y veinte» del citado día. Se halla, pues, en pleno desarrollo cuando Roosevelt se percata únicamente de que sus fuerzas se encuentran en difícil situación. A la hora mencionada, el Presidente sólo sabe —por un mensaje decisivo— que la guerra empezará a las «seis» del día 8 de diciembre (hora japonesa). Esta hora equivale, en Nueva York, a las «diez y seis» del día 7 de ese mes. Aquél tiene razón, por consiguiente, cuando asegura —algo más tarde— que la acción ha comenzado con cuarenta minutos de anticipación y —de resultas— la titula una agresión».

Tan pronto como el ataque es conocido, el Gobierno de los Estados Unidos decreta la movilización de todas sus fuerzas, y ordena a las navales y a las aéreas que lleven a cabo los proyectos pergeñados.

La contienda comienza después de unas negociaciones de carácter solapado.

9. LA GUERRA FRÍA

En los casos nobles, la guerra se inicia después de la ruptura; en los corrientes, ambos hechos son prácticamente simultáneos, y, en los solapados, la contienda es empezada cuando las negociaciones se hallan inconclusas. En todos ellos, la lucha «estalla». El muro está agrietado y el agua de la presa empieza a filtrarse. El

desastre es inminente, y nadie trata de oponerse a la catástrofe. La guerra empieza, y sólo acaba a la hora en que la paz se firma.

Pero, después de Potsdam, en 1945, las «tensiones diplomáticas» subsisten. La «barreta» es estirada, mas no se rompe. Su acero es firme y el esfuerzo es reducido. Cada uno teme la reiteración del hecho histórico, y, ante eso, todos se deciden a limitar su esfuerzo; a limitar su esfuerzo o a tirar inútilmente. (Cual si la barreta mencionada se hubiese convertido en un cilindro elástico, que se deforma dócilmente y se recupera luego.)

En cada caso —de entre todos los citados—, las negociaciones concluyeron bruscamente. Hubo un estallido, y el ruido hizo el efecto de una simple campanada... para empezar la guerra. Hubo algunos de esos casos en que ambos futuros adversarios sabían que el esfuerzo rompería la barreta; tiraban poco de ella, porque preferían zafarse de la responsabilidad; lograban, de este modo, inculcar a los secuaces la idea de que otra fuerza —esta vez inevitable— era la causa del conflicto. Hubo otros en los cuales el esfuerzo fué sincero, pues cada cual lo hacía convencido de que lograría lo mejor sin que la guerra comenzara. En todos, sin embargo, la ruptura y la contienda fueron simultáneas en la historia de los respectivos pueblos.

De las «memorias» presentadas por Sir Winston S. Churchill sobre la Segunda Guerra Mundial, se deduce claramente que todos llegaron a Berlín sin la esperanza de una paz sincera entre los que habían luchado contra el nazismo. En Yalta se dijeron: «es demasiado pronto»; pero, en Postdam, se dieron cuenta de que «ya era tarde para todo».

Los aliados de occidente comprendieron en seguida que era necesario continuar la guerra. Pero sabían que sus pueblos respectivos se hubieran levantado «como un hombre» contra la subsiguiente decisión. Querían la paz a todo trance... e inexorablemente. Y los grandes dirigentes se resignaron a esa paz, sin preocuparse de firmarla.

De este modo, en 1945, empezó un período inquieto. En tantas ocasiones anteriores, el compromiso articulado, bien sellado, firmado y rubricado, no había sido suficientemente firme. ¿Qué pasaría en este caso sin otro acuerdo que el de un límite inestable? En la guerra se huye siempre de las sinuosidades —de las «bolsas» sobre todo— cuando no reportan beneficios. Se da incluso una batalla con el fin de estrangular aquellas bolsas. Y, ahora, en cam-

bio, la paz iba a empezar con otras semejantes, desajustadas a naciones y contrarias al deseo de unos hombres que habían batallado casi seis años con objeto de evitar otras menores.

Después de los banquetes celebrados —puesto que las conferencias fueron sólo un sello aprobatorio a las de Yalta y de Teherán—, fué imposible concertar un decisivo acuerdo entre las potencias de occidente y las soviéticas. Los tratados, en efecto, se impusieron por sí solos, a pesar de las potencias que se hallaban a ambos lados de un telón de acero que empezaba a ser infranqueable.

El mismo día que Stalin, Truman y Attlee acabaron sus reuniones destinadas a fijar las bases de la paz futura, pudo tener lugar una Tercera Guerra. Las tropas terminaron la Segunda porque se tropezaron mutuamente. De otro modo, hubieran continuado su ofensiva hasta encontrar un muro irrebable, que acaso hubiese coincidido con las fronteras de Alemania. Sin la doble carrera hacia Berlín, el primero en conquistar la capital habría seguido caminando por la tierra ya entregada al enemigo: Rusia, hacia las hermosas poblaciones que bordean el Rin, y los Aliados en dirección al Oder. Mas lejos de eso —ni de quedar la gran ciudad bajo una sola mano—, los ejércitos aliados se embistieron como fieras, y el topetazo se produjo dentro de Berlín. Ninguno cedió, y ante la dificultad de conseguir un buen arreglo, empezó una paz caliente, que pronto se tradujo en guerra fría.

Un político muy ilustre ha definido la «guerra fría» como «la sistemática obstrucción de la reconstrucción del mundo, utilizando las argucias de la polémica, las intrigas del espionaje, la acción sutil de la propaganda, la eficacia disolvente y destructora de las huelgas y de los movimientos subversivos y perturbadores» (5). Tal es, en efecto el sentido aplicativo que ahora tiene la política mundial. La «guerra fría» alcanza a todo cuanto implica inconvenientes para conducir la paz debidamente. Es como un freno impuesto a la política y aún a las ideas y un accidente que origina la tergiversación del mundo. La guerra fría se halla en las negociaciones mismas. Cuando todos se dan cuenta de que las peticiones, los consejos, las amenazas, los hechos consumados..., sólo conducen a resignación o a discusiones completamente estériles, dejan

(5) JUAN VENTOSA CALVELL: *Breviario de problemas contemporáneos*. Madrid, 1950, pág. 3.

que la rueda continúe por inercia, o esperan que se pare a fin de darle —sin querer— otra impulsión un poco más potente.

La guerra fría actual ha comenzado violentamente. Se trata de una guerra en que las negociaciones son las armas predilectas. Su estrategia está basada en propaganda, y su táctica se funda en dar por hecho lo imposible. Sus batallas, finalmente, son como fin-
tas sobre asuntos que en cualquier época anterior se habrían solucionado sin violencia.

Ahora, cada cual confía en que el otro ceda, y, cuando el otro cede, toma confianza para resistir o incluso pretender algo mejor. Cuando Yugoslavia tiene la osadía de derribar a un aparato americano (1955); cuando los rusos intervienen subrepticamente y obligan a franceses y a británicos a renunciar a las operaciones comenzadas para impedir la operación de Suez (1956); cuando la Arabia Unida se atreve a obligar a Hussein, rey de Jordania, a regresar a su país (1958), saben, todos ellos, de antemano, que el peligro es nulo, para su política futura. Saben, incluso, que el gesto de paciencia del contrario acabará por ser una excelente baza para su propia gestión. Saben, en fin, que a cada paso conseguido de ese modo, sube un poco su prestigio y baja otro tanto el del adversario.

Preguntárase, a consecuencia de lo expuesto, que ¿por qué no es Occidente quien toma iniciativas semejantes? ¿Por qué no surge, cada día, un problema grave conectado con Berlín, movido por potencias europeas o por la propia Norteamérica, cuando es, precisamente, ese Occidente el que se encuentra en posición incómoda, a causa del pasillo y de la postura tan absurda en que ha quedado a consecuencia del tratado de Potsdam? ¿Por qué...? ¿Por qué son ellos, y no somos nosotros? Y a todo es necesario contestar que Rusia se basa en nuestra intensa desunión. Sabe que el O. T. A. N. no tiene mando. Sabe que Europa no se mueve sin permiso americano, y sabe que Norteamérica no siente la confianza necesaria para dirigir a un mundo previamente dominado por su potencia y su dinero.

¿Hasta cuándo?

10. EL TIEMPO NEGATIVO EN LAS NEGOCIACIONES

¿Guerra templada o fría?

Primero, fría; para aumentar después su dosis de calor en la medida impuesta por las relaciones internacionales, o en la que los hombres y las instituciones sociales y políticas impongan a los gobiernos que ellos integren, o en la medida —en fin— en que estos últimos consigan zafarse de la tutela interna o de los elementos que antes obligaban a seguir un cauce estrecho, cuesta arriba hacia la meta, y hasta el precipicio que limita la otra parte. Guerra fría, si la masa inerte la conoce por la prensa, y guerra en ebullición cuando esa masa la soporta en pleno campo de batalla. En fin, guerra caliente o guerra fría, según que la tensión esté, con el termómetro, bajo cero o sobre ciento.

Los beligerantes que se enfrentan sin cañones —o, mejor dicho, sin dispararlos— abusan de una cortesía ficticia, que llega a ser intolerable. En tales circunstancias, el fuego de guerra es lo único que puede distender los nervios. De noche, en la trinchera, cuando una sombra pasa, es muy difícil mantenerse firme y no apoyar el dedo sobre el gatillo; y, de igual manera, cuando un aeroplano es derribado o una patrulla es rechazada injustamente, hay que tener mucho tesón para lograr que la batalla no comience. Y es curioso el hecho de que, a partir de Potsdam, ni una vez se ha estado en peligro verdadero a causa de una acción punible: nadie ha llegado a movilizar aceleradamente.

El caso de Corea no entró en lo dicho. No se trata, en efecto, de un hecho aislado, sino de una ofensiva sin negociaciones.

El 25 de junio del año 50, la tropas de Corea del Norte rebasan la frontera: el paralelo 38, que divide la península en dos partes casi iguales. Invaden la zona de Ang-chun, y se apoderan de Fadsin. Radio «Corea del Norte» informa que el hecho es obligado porque las tropas de Corea del Sur han invadido previamente su terreno. El presidente Singman Rhee desmiente esa noticia, y pide ayuda urgente al general Mac-Arthur (que sigue siendo jefe de las fuerzas norteamericanas que guarnecen el Pacífico). Este acude a Washington, por medio de la radio, y los Estados Unidos piden al Organó de las Naciones Unidas que condene la agresión y exija el retroceso de las tropas invasoras. La delegación soviética

no asiste a la reunión extraordinaria, y, con la abstención de Yugoslavia, el Consejo en pleno aprueba la propuesta.

Norteamérica envía refuerzos a Corea del Sur, y la Unión Atlántica hace causa común. Gran Bretaña, Turquía, Filipinas, Puerto Rico, Francia... destacan, igualmente, los contingentes que organizan con dicho motivo. La Unión Atlántica citada, acude en defensa de la zona atropellada, sin que haya guerra, ni aún «estado de guerra». Dicha Unión Atlántica, en efecto, no puede declararla; no tiene, para ello, la necesaria personalidad.

El presidente Truman, de los Estados Unidos, anuncia al mundo, el 27, que ha ordenado a sus fuerzas aéreas y marítimas que presten ayuda a los surcoreanos. Por su parte, el presidente Attlee, de Gran Bretaña, dice en su parlamento que el representante de Inglaterra en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas ha recibido la orden de recomendar a los diversos miembros del citado Consejo que intervengan con objeto de ayudar a los coreanos.

Entretanto, la radio rusa comunica que las provocaciones de las tropas del Gobierno de Corea del Sur obligan a su adversario a prolongar la lucha tenazmente. Seul es ocupado por los agresores. Pero, casi al mismo tiempo, los chinos nacionalistas y los Países Bajos envían algunas unidades (días 28 y 29); el Japón autoriza una leva especial de voluntarios (1.º de julio); Londres anuncia que la Marina Británica participará en el bloqueo de la zona norte (8 de julio), y Mac Arthur es nombrado Comandante en Jefe de las Fuerzas Militares del O. T. A. N. en la península coreana (7 de julio).

Las operaciones toman un carácter muy violento. Los mejores carros de combate son enviados por América. Los anticarros y los cazas más modernos entran en lid. Y, sin embargo, lo ocurrido es solamente un incidente de fronteras: un simple fracaso en las negociaciones anteriores.

El 20 de julio, las tropas de Corea del Norte ocupan Taedchon, y avanzan, luego, hacia el puerto de Mokpó. El 20 llegan refuerzos norteamericanos que contraatacan en seguida y rechazan al contrario de Kun-chón. El 11 de agosto los nortecoreanos se apoderan de Po-hang, que es reconquistada el 18 por los adversarios. El 23, los surcoreanos desembarcan en la isla de Soiyak. El 31 llegan tropas australianas. Y, entretanto, las batallas siguen, y las grandes naciones las observan con objeto de aprender lo más posible.

El hecho aislado es más violento que en la Segunda Guerra Mundial. Los tanques son más resistentes, y, los aviones, más veloces. La prueba es dura y prolongada. Es como un período negativo en las negociaciones mantenidas entre las dos Uniones: soviética y atlántica. Es como la amenaza de una espada, que no baja, sino que sube, y que cuanto más asciende, más puede dar lugar a una catástrofe. Pero, la espada sube sin originar esa catástrofe. La guerra fría sigue entre Moscú, Londres y Washington; mientras que las batallas verdaderas continúan sin cesar en el teatro de Corea, que pertenece a los antípodas.

A mediados de septiembre, tiene lugar un desembarco aliado en la península de Inchón. El ejército coreano se zafa del envolvimiento americano, y empieza su marcha retrógrada hacia la zona norte; mas cuando se halla cerca de Yalú, los chinos comunistas se deciden a ayudar y envían —a este efecto— unos 200.000 soldados.

Desde ese instante, se teme un rompimiento serio. Mac Arthur quiere aniquilar la retaguardia china: al lado septentrional del río Yalú. Pretende utilizar un bombardeo potente. Pero, ante eso, las amenazas surgen, y tanto Londres como Washington renuncian por temor a una tercera guerra.

El espectro se agiganta a medida que los chinos continúan llegando, y que las potencias europeas y Norteamérica presienten el temor de que la lucha no termine. Las operaciones se prolongan a un ritmo vivo. Nuevos desembarcos y reembarques se producen. El 14 de diciembre se verifica el primer combate aéreo. Cuatro reactores americanos son atacados por veinticuatro rusos, cerca del Yalú. Parece que la lucha va a tomar un mal aspecto. Pero, de improviso, a fines de diciembre, nuevas conversaciones dan principio: conversaciones encauzadas hacia un armisticio en la península, que se desarrollan lentamente. Tan despacio van que desesperan. Se diría que son estériles. Forman como parte del esfuerzo negativo que los beligerantes vienen realizando. Son la culminación de este curioso ejemplo en que las negociaciones han tomado el signo «menos».

II. ARMISTICIO Y «STATU QUO»

La paz que siguió a las interminables conversaciones que hubo en Corea, fué más la consecuencia del cansancio que de un acuerdo verdadero. Tuvo el carácter de una simple «suspensión de hostilidades», semejante a aquellas otras que de antiguo se ajustaban a sistemas previamente establecidos.

La historia, en este caso, no se repite.

Era costumbre, hasta hace un par de siglos, que las operaciones militares quedaran en suspenso en la época del año en que el clima era más duro. Los «cuarteles de invierno» eran ocupados simultáneamente por los dos beligerantes, y eran siempre respetados. Federico II los levantaba relativamente pronto, y originaba, de este modo, una sorpresa que solía ser duramente criticada por los que observaban la contienda desde fuera. Un invierno, durante la famosa «Guerra de los Siete Años» —su última epopeya—, las tropas de Prusia —y, por consiguiente, las aliadas—, descansaron solamente algunos días. La innovación se hallaba conectada con el continuo impulso que Federico quiso dar a sus ejércitos. El, en efecto, fué el alma —y aún el renovador— de unos «principios de la guerra» que estaban ya en desuso. La voluntad de vencer y la perseverancia se manifestaban sólo en la batalla: en la táctica más bien. Pero, a partir del siglo XVIII, se extendieron muy de prisa a la estrategia.

Federico marcó la pauta y Napoleón la generalizó. Este último llegó a despreocuparse totalmente de la época del año, cuando proyectaba sus campañas. Así, las crónicas de Napoleón I hablan del frío en la batalla y de las dificultades producidas por la nieve y por las temperaturas invernales. Es más, la táctica y la estrategia llegaron —en su tiempo— a imponerse a la razón de Estado: a dirigirla, cuando menos. Pero, a la sazón, todo iba fácilmente; el Emperador tenía en su mano el mando político, el estratégico y también el táctico. Los perdía sólo en la derrota, y ante la adversidad. La Beresina es un ejemplo, y el puente roto sobre el Elster, después de Leipzig y a fines de diciembre, es otro no menos elocuente.

Las suspensiones de armas o verdaderas treguas, eran concertadas, según los casos, por los gobiernos o por los generales. Eran corrientes en los tiempos en que el monarca mismo se hallaba al

frente de su ejército y dirigía personalmente las operaciones militares. Ahora, en cambio, las treguas suelen producirse fortuitamente; son inseguras, y su sola aplicación es la que se refiere al descanso involuntario o al municionamiento.

Las antiguas treguas o armisticios se hallaban destinados a un acto humanitario: a enterramiento de los muertos, por ejemplo. Eran siempre esporádicas. Duraban horas, o días enteros. Tanto las treguas como los armisticios tenían carácter circunstancial, local o temporal. Pero, a partir del año 1918, todo se convierte en «pases sin tratado»: tregua y armisticio se confunden. (Ambos tienen por objeto asegurar el tiempo indispensable para meditar sobre la paz definitiva y redactar como es debido los artículos del tratado futuro.)

Desde la fecha mencionada, los actos se producen lentamente. La gestación de los tratados consiguientes a la Primera Guerra es bastante trabajosa. Se quiere asegurar la paz tan firmemente, que Versailles, Neuilly, St. Germain y Fontainebleau, dan lugar a un descontento insuperable. Quiere evitarse una paz armada, y sólo se logra el ansia de otra guerra. Los que habían perdido la Primera, luchan contra una ley muy duramente conseguida y conducen a sus países respectivos hacia la Segunda, y a otra paz que es inestable.

Después de Potsdam, la situación del mundo es casi incontrolable. Nunca la amenaza fué tan grande como en los tiempos que vivimos. Las paces anteriores fueron más «provisionales», que realmente «armadas». En tiempos de Salmenasen — y de Almanzor, a los cuatro milenios—, todos tenían seguridad de que la guerra estallaría, de año en año, en cuanto los campos florecieran. Las paces eran treguas concedidas sobre el frente para fortificarlo un poco más; o eran paces —en épocas recientes— en que las negociaciones no eran francas, y en que el reinicio de la guerra se tenía por seguro. Hoy, todo ha cambiado: la paz es tan definitiva, al parecer, como las malas relaciones. Los intereses son incompatibles. La situación no es sostenible. ¡Ya pueden los ríos apacibles verter sus aguas en los océanos, que éstos jamás sosegarán ni endulzarán las suyas! ¡Cuántas conferencias se celebren, serán siempre insuficientes para solucionar la estructura geopolítica de la actual Europa semicentral! Berlín está como una bomba, cuya mecha espera que una chispa le dé fuego; y, a cada rato, hay alguien que procura hacer el daño en beneficio de sus

propios intereses. Jamás se ha dado un caso semejante. La ciudad está repartida en grandes zonas. A más de una barrera que separa a los dos bandos alemanes, cuatro naciones diferentes ejercen su acción directa. Rusia, alrededor de la Ciudad, ocupa un sector cuya profundidad varía entre 110 millas e «infinito»; y, a través del mismo, se hallan autorizados los pasillos necesarios para el abastecimiento de las fuerzas y de la población civil que pertenecen a la zona occidental.

¡Ciento diez millas de corredor aéreo, fluvial y terrestre!

¿Cómo se produjo esta espantosa anomalía? ¿Cómo no se llegó a un mejor acuerdo en 1945?

Sobre este asunto, se ha discutido poco y se ha indagado mucho menos. Sin embargo, la amenaza muy reciente de los Soviets, sobre la anunciada suerte de Berlín —como un islote en plena mar soviética—, ha dado origen a una peligrosa encuesta, de la que se deduce lo siguiente:

Las líneas básicas para la situación actual, fueron establecidas en 1944. La entrevista inicial tuvo lugar en Londres. La comisión estuvo constituida por el Embajador de Rusia, Fedor Gusev; el de los Estados Unidos, M. Winant, y el representante del Gobierno británico, Sir William Etrang. El momento era difícil, porque todos pretendían inspirar la máxima confianza a la Unión Soviética. La paz estaba lejos todavía, y tanto los ingleses como los norteamericanos cedieron pronto a la presión contraria a fin de no entibiar el entusiasmo de su gran aliada, y obtener que no cesara en el esfuerzo que venía desarrollando.

Así quedó el asunto de momento. En Yalta —acaso por razones parecidas a las antes presentadas— nadie quiso ahondar en la materia; y todo se mantuvo inalterado hasta abril del año 1945, fecha en que Churchill tuvo ocasión de hacer saber a Roosevelt que se cernía el peligro concerniente a la conquista de Berlín por el ejército de Rusia. Con este motivo, Dwight Eisenhower, General en Jefe de los Ejércitos aliados, fué consultado directamente. Estudió el asunto; y, en su respuesta al Comité conjunto de los Grandes Jefes de Estado Mayor, manifestó que la orden referente al plan de operaciones que se estaba ejecutando, se había redactado sin la preocupación de llegar antes que Rusia a la Capital germana; mas que aunque fuera absurdo a tales horas, lanzarse de repente contra aquélla, él se ofrecía a ordenar toda «variante» que pudiera

cooperar a dicho fin. Pero, el citado General, no recibió contestación (6).

Más adelante, llegado el momento en que las fuerzas británicas y americanas se retiraron de la zona asignada a Rusia, tampoco se hizo un gran esfuerzo para evitar la anomalía que se iba a producir. Y, de resultas, la zona ocupada dió lugar a ciertos hechos que merecen los honores de «batalla cumbre», en la estrategia fría en que Unión Soviética disfruta de una plena iniciativa.

Ahora es tarde, para modificar la situación establecida. Nadie intentará que Rusia se repliegue hacia Berlín. Sólo cabe conseguir que los pasillos sean reconocidos como formando parte de las zonas aliadas, o simplemente asegurar que no haya restricciones.

Para esto es necesario mantenerse firmes. En ocasiones anteriores, la firmeza ha cooperado a salvar los grandes baches en forma debida; y, en ésta, otro tanto ocurrirá si las discordias interiores del O. T. A. N. se disimulan, y se da la sensación de un mando único y de un firme deseo de resistencia.

Mas, no es fácil, de momento, llegar a esta perfecta solución. Serán preciso contentarse con un remedio utópico, o adoptar —en último recurso— una decisión extrema.

12. QUIMERA NO ATRAYENTE

Recién disparado el primer «sputnik», cierto reportero norteamericano oyó decir a Kruschev —¿oyó decir, u oyó que alguien decía?— que no se trataba de un arma de guerra, sino de un satélite lanzado en espera de otros que los Estados Unidos, Inglaterra, Francia... lanzarían seguidamente, para así formar entre ellos un modesto commonwealth etéreo y destinado a reemplazar al que era imposible constituir en nuestro mundo.

La insinuación es de mal gusto. Lo es más cuando se teme que el asunto no se pueda resolver sin realizar una evacuación en masa, base de otro Berlín.

CARLOS MARTÍNEZ DE CAMPOS

(6) La encuesta ha sido publicada en la Revista *U. S. News and World Report* (5 de diciembre de 1958).

RÉSUMÉ

Quand les relations internationales passent par une phase difficile, les négociations rappellent un peu les changements d'une petite barre métallique que l'on a distendue. Cette petite barre revient à ses proportions habituelles parce qu'elle est élastique, mais à une condition, celle de ne pas dépasser une limite à partir de laquelle cette petite barre se déformera définitivement ou bien se cassera en deux.

C'est justement ce qui arrive avec les négociations indiquées, autrement dit quand des négociations diplomatiques ont lieu à propos d'une affaire latente: la déformation en ce cas équivaut à de longues quoique mauvaises relations, de même que la rupture est pareille à l'ouverture des hostilités.

C'est curieux d'analyser la manière dont ont commencé les guerres pendant des siècles. Il y eut une première époque pendant laquelle la déclaration de guerre eut un caractère platonique ou simplement simulé. Lancer une flèche dans le camp de l'ennemi a été considéré comme obligatoire pendant des siècles. Plus tard, les invasions ont été faites sans aucune déclaration de guerre. Mais à la fin, la déclaration a été considérée obligatoire; La Haye intervint et, à partir de ce moment, les nations se conformèrent à de ce qu'on avait décidé, quoiqu'elles cherchèrent à réduire autant que possible, le temps de l'ultimatum.

L'article en question expose avec plus de détail la façon dont les deux guerres mondiales ont débuté. Il étudie les négociations précédant la première Guerre et fait ressortir que les différents ultimatums n'étaient autre chose que des déclarations formelles. Après il analyse le déroulement des négociations de 1939 entre l'Angleterre et l'Allemagne, et arrive à la conclusion qu'elles se prolongèrent quoique tout le monde savait qu'elles étaient inutiles. L'auteur présente en dernier lieu, la dissimulation de la guerre entre les Etats-Unis et le Japon, c'est-à-dire que les premiers n'étaient pas convaincus que la lutte éclaterait jusqu'au fait accompli.

L'article finit avec certaines comparaisons entre les cas qui

ont été noblement conduits et ceux où la ruse a joué, et s'achève sur quelques commentaires relatifs à la situation actuelle de la ville de Berlin, qui peut produire une catastrophe. La guerre dans ce cas, serait la conséquence de certaines négociations qui ne se célébrèrent pas en leur temps.

SUMMARY

When international relations pass through a difficult stage, their transactions bring to mind, up to a certain extent, the changes of a small metal bar which has been extended. The small bar returns to its normal size because of its elasticity, but only on condition that it does not exceed a certain limit that, once passed, will mean that it will remain mishapen for ever or else be broken into little pieces.

This occurs with the transactions in diplomatic affairs that have as their argument a smouldering conflict: in this case resiliency provokes the prolongation of bad relations and its rupture is similar to a split of hostilities.

It is curious to analyze how wars have broken out during the centuries. There was a period in which the declaration of war had a platonic touch or simply a false one. To dart an arrow into the enemy's camp was compulsory for centuries. Later on, invasions were made without any declaration of war. But later on the declaration was considered compulsory for several centuries. The Hague initiated it and in future all nations were in accordance with the arrangement, but that they should endeavour to reduce the time of the ultimatum to a minimum.

This article points out in detail how the two world wars broke out. It studies the transactions prior to the First World War and clearly states that the different ultimatums were like decisive declarations. Later, it analyzes the development of the affairs of 1939 between England and Germany, coming to the Conclusion that these affairs were prolonged in spite of the conviction every one sustained, that they were worthless. Finally, the author presents the clever case of the war between the United States and

Japan, in which the former had no idea that war was to break out until the fact was accomplished.

The article ends with some comparisons among cases directed on a high level and those in which falsehoods prevail, concluding with some opinions related to the actual situation in Berlin that may create a catastrophe. War will be the consequence of affairs that have not been settled in due time.